



EL ÚLTIMO SALUDO



## EL ÚLTIMO SALUDO

---



UN carro mortuorio iba lentamente bajo la fría lluvia, por un lado de la hermosa calle, y veíase pasar su reflejo negro sobre los grandes cristales de los escaparates, llenos de objetos agradables y de colores risueños, como pasa á veces la imágen de la muerte en medio de nuestros pensamientos más mundanos y más alegres.

Dos largas filas de amigos y de conocidos venían detrás bajo dos filas de paraguas mojados, haciendo *eses* para evitar los charcos de agua y los coches, de manera que parecía la cola viva y ondulante de aquel grueso mónstruo lúgubre que iba delante con sus cien ojos de llama, y un cadáver en el vientre.

Era muy temprano.

No se veían más que caras soñolientas entre los

amigos; pero de esas caras atormentadas de las ciudades grandes, en las cuales, entre la somnolencia de la madrugada, se muestra ya el pensamiento inquieto de los cuidados del día y el mal humor de gente distraída de sus quehaceres habituales.

Pocos hablaban.

Muchos no habían conocido más que de nombre y de vista á nuestro buen amigo y habían venido, no por honrar al hombre, sino al colega: al arte más que al artista.

Había otros que le habían negado siempre todo ingenio, tal vez sinceramente, buscando también de mil modos interrumpirle el camino, y habían venido por salvarse con la propia presencia de aquel puñado de enemigos del muerto que suele hacerse de sus amigos más íntimos.

Algunos eran de esos gozadores refinados de la vida que nunca faltan á los acompañamientos fúnebres, que se hacen cortesanos complacientes de la muerte, porque saben que no hay cosa en el mundo que haga tan sabrosos y vivos los placeres de la tarde, como el cumplir un oficio piadoso y el asistir á un espectáculo triste por la mañana.

Había también varios que habían venido por afecto.

\*  
\*  
\*

Caras enojadas de tenderos miraban desde el dintel de las puertas; aquí y allá, tras las vidrieras, se veían los ojos fijos de una modista que había quedado con la aguja en el aire. Mucha gente pasaba rápidamente.

Y entre aquellos coches sucios, en medio del ir y venir de la ciudad ocupada, aquel pobre carro negro parecía tan olvidado, tan sólo, que daba compasión. Era aquella la calle por la cual nuestro amigo solía pasar todos los días. Yo veía tantas imágenes tuyas cuantos eran los lugares donde solía detenerse: en la esquina del Correo, junto al Teatro; más arriba, delante del librero, bajo la marquesina de la Academia, junto al puesto del vendedor de periódicos; y me parecía que todas aquellas figuras sonrientes, se volviesen una después de otra y se hicieran atrás espantadas por el cortejo fúnebre.

Por un momento, en una esquina, el sombrero fúnebre del cochero se dibujó sobre un ancho cartel de teatro en que estaba escrito con grandes caracteres "*Mefistófeles*," la ópera que había ido á oír un año antes en Bolonia y cuyos motivos solfa tararear.

Un poco más allá, el convoy fué detenido durante algunos momentos por una compañía de cazadores, que pasaba de prisa, con los penachos mojados y los fusiles bajo el capote, riendo como niños, bajo la lluvia oblícua que les azotaba el rostro.

Después enfilamos por una calle secundaria, donde el coche comenzó á andar más expedito, resbalando sobre las losas desiguales y de allí á poco salimos de la ciudad. El campo estaba velado por la niebla, todo gris y triste, y el camino lleno de barro.

La mayor parte de los amigos se abalanzó á los coches, y habiendo acabado de despertarse hablaban entre ellos en alta voz; los otros, continuando á pié, iban á buen paso, saltando sobre los charcos, con el rostro encendido y bañado en sudor. El cortejo formaba una larga procesion desordenada é interrumpida, sobre el fangoso camino lleno de carros y carretas; los cuales se veían obligados á de-

tenerse un momento, frente á un puente, sobre el cual pasó trepidando, con la velocidad del relámpago cien rostros y asomados á las ventanillas, un tren de pasajeros.



Llegamos á la puerta del cementerio y entramos en la iglesia. El féretro fué colocado en medio, nosotros nos apiñamos sobre el fondo, un músico empuñó el oboe, cuatro coristas se pusieron á su lado y los coros empezaron á cantar la misa.

La iglesia parecía un sepulcro: desnuda y húmeda, alumbrada por una ventana alta, por la cual entraba una luz tristísima y la lluvia batía con fuerza sobre la vidriera, produciendo un rumor sordo y monótono.

Los cirios del altar, que ardían sin alumbrar, hacían el sitio aun más triste, casi mostrando cómo en aquella oscuridad ninguna luz podía vencer las tinieblas, en las cuales comenzaba la noche de la muerte.

Bajo aquella bóveda augusta, las salmodias de los curas, las notas del oboe, formaban un ruido ensordecedor que hacía temblar el edificio: allí también,

como en todo el mundo, los que hacían más ruido eran los más indiferentes.

Y cuando más altas sonaban las plegarias más se entusiasmaban en los cantos, más se animaba el instrumento y más profundamente sordo parecía, más obstinadamente sordo é impasible aquel féretro negro y larguísimo por el cual se armaba todo aquel estrépito; y estaba allí, á un paso de nosotros y parecía inmensamente alejado de todo cuanto le rodeaba.

\*  
\* \* \*

Yo no podía apartar los ojos de las grandes líneas rígidas de aquel lecho tremendo que se cierra sobre el que duerme para no ver más la luz de la aurora; buscaba dentro con la imaginación aquel rostro pálido y consumido, mostrando una expresión de estupor sobrehumano, aquel cuerpo lívido y sutil; con las manos y los pies de esqueleto y huía de aquella vista horrorizado y después me sorprendía de nuevo, bajando de aquella caja con un pedazo de paño negro en la mano en actitud de interrogar otra vez el formidable misterio, movido por la piedad, embarazado por la repugnancia, atormentado por una curiosidad irreverente y temerosa que no me hubiera atrevido á confesar á nadie.

Estaba sofocado allí dentro, aquel hermoso joven que había visto tantas veces temblar y saltar como un niño, por la alegría de ser joven, de estar bueno, de tener ingenio, de ver todavía por delante un cuar-

to de siglo que consagrar al arte, al amor y á los amigos.

¡Era de naturaleza tan buena y tan placentero en su jovialidad de estudiante! ¡Tenía un modo tan original de contar las cosas más graciosas, sin reír, en voz baja y en monosílabos, hablando más con el gesto que con la palabra, con ademanes medidos y rápidos, con los cuales parecía que dibujase continuamente pequeños cuadros! Y era preciso cogerle al vuelo la mano y estr echársela, tan simpático era con aquella música extraña que atraía á todos desde lo más profundo del corazón.

Le veo todavía sobre el Acrópolis de Atenas, romper de repente un largo silencio de admiración avanzando á pasos precipitados como un actor hácia el ribazo para entonar un aire de los *Brigantes*; y por vía Toledo, en Nápoles, fuera de sí de alegría, echar furtivamente sus tarjetas en la capucha de un hermano que caminaba delante.

Y tan niño como era para todo, cuando hablaba del arte se trasformaba hasta el punto de no reconocerlo, se convertía en hombre maduro, en razonador obstinado de su idea, desdeñoso, elocuente, lógico, despreciador de las burlas, apasionado como un amante.

Cuando más sentía faltarle la vida, más se entu-

siasmaba en el trabajo. Por fin, se había enamorado del Oriente; concebía un nuevo cuadro cada día; había arrojado sobre la tela cien bocetos de turcas, de jaiques principescos y de salas de serrallo, y hablaba calurosamente con los amigos, con expresión nueva de la mirada y del gesto, como se viese siempre delante de sí un vasto horizonte luminoso.....

¡Pobre joven! Yo veía entonces en la media oscuridad de aquella iglesia tétrica, aquellos Bajás blancos y espléndidos, aquellas cadinas vestidas de azul y púrpura, todas aquellas criaturas creadas por su fantasía, formadas alrededor de su féretro, como si esperasen todavía que se despertase, y experimentaba una piedad dolorosa como al ver bromear alrededor de la cuna de un niño muerto.

\*  
\* \*

A cierto punto, una puerta se abrió y entraron dos hombres llevando otro ataúd cubierto por un paño negro y sucio, féretro que crugió al ser depositado en el suelo como si estuviera roto.

Era un ataúd corto y ancho que debía encerrar alguna pobre vieja muerta en el hospital ó algun niño sin padres, muerto de miseria.

Un cura se acercó, le dijo una oracion y le mandó con Dios.

Despues volvió á empezar la funcion; la iglesia volvió á resonar con los cantos y sonidos acompañados del rumor de la lluvia.

Entre los amigos, algunos miraban de oculto el reloj, dos leían un periódico plegado en cuatro detrás de la espalda de un monaguillo.

Mi vecino me contaba en voz baja las últimas horas del amigo que él había asistido hasta la muerte en una fonda de Niza.

Dos meses antes lo había encontrado todavía en